



LA BRUMA

Juan Ángel Heredero García

LA BRUMA



Primera edición: mayo de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Ángel Heredero García

ISBN: 979-13-88195-64-8

ISBN digital: 979-13-88195-65-5

Depósito legal: M-12705-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Lucas empujaba a los animales hacia el establo. Buenas ovejas que le proporcionaban la mejor leche para el mejor de los quesos, en la mejor tradición zamorana. Estas parecían remolonas a entrar a cubierto a pesar del frío creciente, unos espesos y largos vellones de lana no eran cualquier cosa. Lucas no las apremiaba, sus dos perros mastines, enormes y con los grandes belfos colgantes tampoco; contemplaban la maniobra como si la cosa no fuera con ellos. Ellos tenían clara su misión para con el ganado y no moverían un dedo para hacer lo que no les correspondía.

Clara en cambio se moría de frío, y eso a pesar de que sus ropas eran las adecuadas para ese tiempo. Pantalones térmicos de invierno, botas altas con forro de borreguillo que asomaban por la parte superior, y un grueso chaquetón de piel; también guantes y un gorro de lana. No eran el atuendo más adecuado para el establo pero Clara, que presenciaba la escena por detrás de la valla, sentía una extraña fascinación por esos animales que se apelotonaban unos contra otros con las cabezas emergiendo por encima del grupo.

—¿Por qué no entras en casa? —le preguntó su padre sin mirarla.

Ella no contestó y Lucas la interrogó de nuevo con la mirada. Clara, alcanzados ya los catorce años, presentaba unos rasgos de adolescente avanzada y las pecas que punteaban sus pómulos salientes, remarcaban sus grandes ojos verdes herencia de la belleza agreste y con un punto de hosquedad de su madre.

El establo era todo de madera, tres grandes focos de luz blanca e hiriente alumbraban desde uno de los hastiales la zona de los corrales y el descampado hasta la línea donde comenzaba el espeso bosque de robles y castaños con el suelo cubierto de helechos que a veces llegaban hasta la cintura. Todo ello formaba una masa casi

infranqueable y Lucas tenía que trabajar de firme para mantener un estrecho paso, que él y su hija utilizaban para acceder al pueblo sino querían dar un largo rodeo por el camino de tierra. Clara era incapaz de atravesar sola ese trecho, y cuando volvía por la noche del colegio colgada de la espalda de su padre, temblaba de miedo y cerraba los ojos, presintiendo que cualquier alimaña o algo peor se cruzaría en su camino con aviesas intenciones. Si una rama la rozaba la cara, no osaba abrir los ojos y la sensación de terror llegaba al paroxismo. Pero una vez ya en casa se sentía segura y desde la ventana de su habitación, presenciaba sin temor el comienzo del bosque con su espesa y honda oscuridad.

De repente, las ovejas cesaron en sus balidos y apremiaron el paso para entrar al establo. Los mastines se levantaron y dirigieron su mirada hacia la línea oscura del bosque, emitiendo un ladrido ronco y gutural; pero no hicieron ningún ademán de entrar. Era una actitud extraña, a medio camino entre huidiza y la que les imbuía su deber de proteger a toda costa al rebaño y a los dueños.

—Vamos, Clara —Lucas se apresuró y cogió a Clara del brazo metiéndola casi a empujones dentro de la casa. En unos instantes volvió con un rifle y se situó por delante de los mastines que deambulaban intranquilos y renuentes con la cabeza agachada y su ronco gruñido. Lucas les conminó para que callaran.

Ahora el silencio era total y Lucas examinaba con sus ojos afilados la línea oscura del bosque. Se acomodó el rifle en posición de disparo y esperó atento cualquier señal. Esta llegó con un leve movimiento de helechos. Lucas disparó y el sonido reverberó en el silencio de la noche como un trueno que se alejaba. Lucas sabía que había dado en el blanco, jamás había errado un disparo pero aún así se metió en casa con sus dos perros mansos como corderos.

—¡Fuera de ahí!

Lucas apartó, casi con violencia, a Clara de la ventana y esta le respondió con un gesto de reproche infinito corriendo a su habitación.

Lucas se arrepintió al instante. Ese maldito genio suyo escapaba a su control en ocasiones como esa. La encontró en su cama de cara a la ventana. Se acurrucó detrás de ella y a la abrazó, Clara se resistió al principio.

—Me has vuelto a gritar, ¡otra vez!

Notó las telarañas del llanto en su voz e imaginó sus bellos ojos, vivos retratos de su madre, arrasados por las lágrimas. Y se maldijo una vez más.

Al día siguiente, comprobó los rastros de sangre en los helechos y se alegró de saber que no había fallado, nunca lo había hecho. Pero necesitaría una munición más gruesa.

—Esta no me sirve.

Se había encontrado en un bar de Puebla de Sanabria con un individuo bajo y gordo con una mirada inquietante al que le mostraba la vaina de la munición utilizada la noche anterior

—Mira que por esta zona abunda la caza mayor pero ¿qué esperas encontrar?

Lucas le respondió con gesto hosco.

—¿Podrás conseguirla?

El otro se recolocó el sombrero de pana gruesa y su rostro se desfiguró en una media sonrisa.

—Claro, no hay nada que se resista a los portugueses.

CAPÍTULO I:

El invierno y la noche se habían asentado en el valle. Desde hacía varias semanas, una niebla pesada que se hacía más consistente cuando la noche caía, cubría la superficie con su blanco sudario ocupando cualquier resquicio y recoveco, en el sinuoso relieve que a modo de heridas surcaba la tierra. Y eran numerosas esas heridas. Como un cuerpo mortificado que apenas ocupaba un palmo de tierra, aquel lugar confinado entre escarpadas montañas de paredes cortantes y profundas oquedades, había alumbrado en su seno el curso de dos ríos y un colosal lago de origen glaciario, cuya cubeta descendía hasta una profundidad máxima de cincuenta y cuatro metros. Todo un compendio de lo que la naturaleza era capaz de hacer, desde los remotos tiempos medidos en magnitudes geológicas. Era un hermoso lugar aquel, y agreste como pocos, un ejemplo de la naturaleza salvaje, de las fuerzas titánicas que se debatían en lo más profundo de la tierra y cuyo eco llegaba a la superficie.

La niebla además difuminaba las formas y los colores y convertía el débil y amarillento haz de luz del alumbrado público, en un halo fantasmagórico de luz evanescente. Para un forastero era complicado orientarse en las desiertas calles del pueblo a aquellas horas. Las casas parecían confundirse con la masa boscosa que las rodeaba y parecía querer engullirlas, como si fueran intrusas en el reino de lo salvaje. Pronto los animales deambularían soberanos por las calles, y habría que saber evitarlos si se quería ahorrarse un buen susto. Las trochas y veredas que utilizaban para desplazarse atravesaban a veces por el pueblo —cañadas ancestrales que fue-

ron trazadas en su día obedeciendo a un supremo designio— y era preciso respetarlas. La vida, la vida humana, parecía haber quedado aletargada y arredrada ante la oscuridad y el silencio que lo envolvía todo.

Solo restaban dos vestigios de vida en aquel lugar, la taberna del pueblo que con su luminoso anuncio de Coca Cola, desentonaba en el entorno silvestre del lugar y los establos de Lucas. Lucas era descendiente de aquella zona, aunque él había nacido en Madrid se había criado escuchando la historias que le contaban sus mayores que habían visto la luz por primera vez en aquellas tierras. En su mente infantil, y al calor de esas historias, Sanabria había alcanzado la categoría de una tierra mítica y poco menos que legendaria. Los protagonistas de aquellas historias eran siempre los miembros de su familia y los vecinos del pueblo. Los nombraban a todos por su nombre, y frecuentemente por los mote y apodos. Pero a veces, al pequeño Lucas le parecían demasiadas, ellos bajaban la voz como si quisieran evitar que alguien le fuera a escuchar. Siempre hablaban de peripecias de las que era protagonista alguien que nombraban de forma impersonal. El misterioso personaje sobrevolaba el relato de forma invisible, como una presencia fantasmal a la que no le estaba permitido arribar al mundo de los vivos. En esas ocasiones, Lucas azuzaba el oído para tratar de captar esas palabras, apenas bisbiseos en labios sumamente discretos, y de entender el significado de palabras que parecían ser pronunciadas en un lenguaje críptico.

De modo que Lucas había terminado por regresar al pueblo. Las causas de ese retorno eran varias; a edades ya medianas, todavía albergaba en su cabeza la fantasía infantil de conocer la tierra de sus ancestros y le intrigaba sobremanera el desentrañar la identidad de esa oculta figura que ofuscaba su mente. Pero quizás la razón más importante de todas era que su vida en la gran capital había entrado en unos derroteros demasiado azarosos que ya le era imposible controlar. Algo así como una carretera con curvas cerradas y bordeada de precipicios, en la que la cuestión no era

si se despeñaría o no, sino en cuál de esas curvas le esperaría su destino inapelable. Así que interpretó su regreso como una huida, precisamente a la tierra de la que un día su familia salió huyendo según le dictaba su perspicacia. ¿No era extraño que nunca hubieran regresado si atrás quedaron casa y hacienda, desprendiéndose de ellas como si formaran parte de un tumor maligno de una herencia maldita en los que les iba la vida despojarse?

Sus padres acabaron sus días en Madrid y una tierra extraña cubrió sus últimos restos; ni siquiera expresaron, en los últimos días de su existencia, el deseo de reposar para siempre en la tierra que les vio nacer.

Pero Lucas no volvió solo. Dejó atrás una relación tumultuosa que le tuvo atrapado mientras vivió, con una criatura errática e imprevisible y un carácter indómito. Demasiado parecida a él como para no verse atraído por ella, como un náufrago que se siente hipnotizado por las aguas más procelosas, como presintiendo que debajo de ellas se esconden los abismos más oscuros.

Lucas frecuentaba con asiduidad los bajos fondos de Madrid, un sumidero que engullía las almas que necesitan vivir con un vértigo constante, y del que solo los más fuertes pueden escapar. Aún recordaba —y seguro que sería el último recuerdo antes de que la muerte sellara un día sus ojos— la primera vez que la vio. Recorría aquella sórdida calle poblada de tugurios y de bares mugrientos, buscando vender algo que le proporcionara algo de dinero contante para irse a casa, estaba cansado y la noche estaba desagradable.

Allí la vio, sentada en un portal, con el pelo y las ropas húmedos por la lluvia fina que caía esa noche. Con el tronco echado hacia delante trataba de darse calor; de su boca pendía un cigarrillo a medio consumir del que daba continuamente ansiosas caladas. Lo hacía de forma tan natural que el cigarro parecía un apéndice más de su cuerpo. La luz de la farola le iluminaba la mitad de la cara, un rostro de palidez acentuada en el que restallaba el verde rutilante del ojo que le miró con curiosidad. Su mirada era agreste y desafiante y una voz dura detuvo a Lucas cuando estaba a su altura.

—Oye, ¿no tendrás algo para mí?

—Depende, puedo tenerlo si tienes con qué pagarlo.

—Claro... no te jode... si tuviera con qué pagarlo aquí iba a estar yo, tirada en mitad de la calle —dijo con una sonrisa sarcástica

Lucas hizo ademán de seguir adelante, ya se conocía de sobra el discurso. Pero ella hizo un nuevo intento agarrándole por la pernera del pantalón.

—Pero no tengas tanta prisa hombre.

Lucas no supo porque le llamó la atención las botas camperas que ella llevaba, era algo pasado de moda pero a ella con esas piernas infinitas la sentaban de maravilla. En ese momento, qué lejos estaba de imaginar lo que estaban a punto de significar.

—Te puedo pagar con otra cosa...

Ella se había abrazado a sus piernas, el cigarro ya se había consumido y con la cara apoyada en sus rodillas le miraba con un mohín gracioso.

—Lo siento pero no.

Entonces ella se levantó con energía y echó a andar hacia él.

—Joder, es que ni eso ya funciona.

Era una queja entre amarga e incrédula. El caso fue que ella avanzando con pasos acelerados resbaló sobre la acera húmeda llena de pequeños charcos. Cayó con todo su cuerpo extendido sobre el adoquinado que cubría la calle, golpeándose en la espalda con el bordillo.

Gimió de dolor retorciéndose en el suelo y Lucas acudió presto a socorrerla.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Intentó incorporarla pero ella respondió con nuevas muestras de dolor. Entonces Lucas comprendió que se había lastimado la espalda y que tendría que levantarla manteniendo la misma totalmente recta. Cuando lo hubo conseguido y la puso recostada contra la pared, Lucas extrajo su móvil de la chaqueta.

—No, por favor, ¿qué vas a hacer?

—Voy a llamar a una ambulancia.

—Ni se te ocurra, por favor no.

—Pero puedes tener una lesión y...

—No, no lo hagas por favor, solo necesito un sitio bajo techo y caliente, solo necesito descansar.

La miró a los ojos. Solo vio en ellos una súplica sincera, un grito desesperado de ayuda en aquellos ojos grandes que brillaban a la luz de las farolas.

Pudo incorporarla finalmente del suelo, ella pudo enderezar su espalda sin dejar de quejarse. Empezó a hacerse preguntas ¿Qué haría con ella?, ¿qué haría con aquella criatura desvalida?, ¿cómo habría llegado a esa situación?, ¿sería prudente llevarla a su casa? Esas preguntas revoloteaban todavía en su cabeza cuando iban de camino en el taxi, ella seguía quejándose y temía apoyar la espalda contra el asiento. Y el taxista no les perdía de vista.

—Si va a potar, que abra la puerta.

Su voz sonó aguardientosa, desagradable, todo en aquella noche lo era.

—No se preocupe, es solo que se ha caído.

El taxista hizo un gesto dando por sentado cual había la causa de la caída, si fuera solo se las vería con él pero no era la situación propicia.

Subir hasta su buhardilla por la escalera fue un suplicio; además ella hacía un ruido tremendo con sus botas camperas sobre la madera carcomida y hueca de los peldaños. Lucas tenía sumo cuidado de que sus vecinos no se enteraran de la vida un tanto disipada que llevaba, por eso cuando llegaba a deshoras se descalzaba; aun así se escuchaba el quejido de la madera bajo su peso, pero peor era lo otro, los golpes secos de los zapatazos sin control debido al alcohol sobre la madera vieja, gastada y debilitada por el paso de los años.

Ella llegó arriba agotada, el dolor agudo como el que ahora debía sentir ella, somete al organismo a un estrés físico que agota, que consume las fuerzas. Máxime cuando se trata de organismos

debilitados, con pocas ganas de luchar, incrédulos ante las pruebas a los que les somete un destino cruel. Ese podía ser el caso de ella, aunque su rostro y las hechuras juveniles de su cuerpo se empeñaban en desmentirlo.

Le pidió que le ayudara a desprenderse de la ropa de abrigo, apenas una cazadora vaquera ya muy gastada y que suponía una escasa defensa para la noche fría y húmeda. Y después las botas camperas, eso fue más difícil y Lucas hizo todo lo posible para que la maniobra no repercutiera en su espalda. Quedó tendida en el sofá, ese que utilizaba Lucas para echarse la fiesta. Acomodó su cuerpo todo lo que pudo ayudándose de los cojines descoloridos por el roce, que servían de adorno más que de otra cosa y pareció quedarse tranquila.

Lucas fue a la cocina a preparar algo caliente, ella no se lo había pedido pero lo consideró un deber de anfitrión. Cuando volvió ella se había quedado dormida. Una respiración suave que apenas turbaba su inmovilidad, y que levantaba levemente los dos sólidos montículos de su pecho. Los rasgos de su rostro eran serenos y relajados y habían perdido el rictus de angustia que había observado cuando la vio en la calle. La extrema palidez de su piel la asemejaban a esas estatuas de cementerio, de rostro impávido y mirada perdida, que por representar a alguien que ya ha transitado al otro mundo, dejan de afectarle el dolor de vivir, el que quedó atrás y que quizás tuvieran por delante.

Se la quedó mirando embobado, era la más pura representación de la belleza y por nada del mundo la hubiera sacado del limbo de bienestar en donde ahora se hallaba inmersa. Quizás hubiera tenido pocos momentos como ese, quizás el destino azaroso de la vida había tirado los dados por ella, unos dados trucados, y había tomado venganza por la generosidad con que la naturaleza se había prodigado en ella.

Lucas se tomó el vaso de leche caliente que había preparado para ella y se recostó sobre el sillón, reconfortado íntimamente por haber dado cobijo a alguien tan necesitado de él. Pensó que se dor-

miría, pero solo fue un duerme vela tranquilo y relajado. Con sus párpados a medio cerrar velaba el sueño de ella. «Solo necesito un sitio caliente y bajo techo, solo necesito descansar». Le había dicho cuando la recogió de la calle, pues descansa criatura, seguro que bien merecido lo tienes. Pero el sueño le venció, un sueño sereno y despreocupado aunque el sillón donde se hallaba no era lo más adecuado para ello.

Cuando por fin abrió los ojos, ella le miraba con gesto descansado, quizás tampoco ella había querido perturbar su sueño. Se levantó y la pregunto cómo estaba, ella le respondió que bien y una leve sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—Voy a preparar café.

—No, espera.

—¿Qué quieres que espere?

Ella le cogió de la mano y le acarició ligeramente el dorso. Tenía las manos calientes, casi en combustión.

—Quítate la ropa.

Lucas dudó un momento.

—No... es necesario.

Ella se rio y su cara resplandeció, así estaba más bella aún, con sus ojos inundados de súbita alegría.

—¿De qué te ríes?

—¿Que de qué me río?, de ti. No sé si eres un cachondo o un raro de cojones. Un polvo es un polvo y no hay que ir pensando si es necesario o no. Pero si te vas a quedar más tranquilo, para mí en este momento sí lo es.

—Anda ven.

Ella le ayudó a desvestirse y le pidió que le ayudara con el pantalón vaquero que se pegaba a sus piernas como una segunda piel.

—Tendrás que hacerlo tú todo, que yo estoy medio tullida. Y con cuidado eh o me destrozará la espalda más de lo que está.

Y así fue cómo el destino de Lucas quedó sellado. Apenas habían pasado unas horas desde su encuentro y ya habían compartido intimidad. Fue un acto natural, como el que nos lleva todos los días a la mesa para saciar nuestra hambre. ¿Habría sido igual para ella? Nunca hubiera imaginado en aquel momento de lo que lejos que estaría siempre de obtener esa respuesta.

Cuando quería salir de ese bucle que amenazaba su mente, siempre aparecía Clara para disuadirle de ello. Clara fue el fruto de sus amores, que fueron tan esporádicos como tumultuosos. Había quedado ligado a Noelia, la madre, desde aquella noche ya lejana, por un lazo tan invisible como irrompible; la llegada de Clara supuso hacer visible ese lazo, y ya no importaba que fuera más o menos fuerte, jamás tendría el valor de cortarlo. Pero con Noelia, su madre, era diferente; se había tomado su maternidad como un trabajo a tiempo parcial o incluso a temporadas; con Noelia siempre era diferente, siempre luchaba a brazo partido contra cualquier cosa que le mantuviera con los pies sobre la tierra, como si fuera un lastre que le impidiera tomar altura, levantar el vuelo. Y eso que en esas temporadas se comportaba como una madre alegre y cariñosa, pero los dos sabían, ella la primera, que no duraría mucho, que un día la puerta se cerraría detrás de ella. Solo cabía esperar que esa puerta se volviera abrir más pronto que tarde, que nunca fuera la última. Cómo olvidar a Noelia, si la tenía delante embutida en un cuerpo de catorce años, pero con la misma belleza limpia y excelsa, en la que cualquier gesto solo hacía que sublimar esa belleza. No importaba que riera o llorara, o que se irritara; los gestos que denotaban esos sentimientos y que tensaban los rasgos de su cara, nunca logran hacer palidecer su simétrica e hipnótica perfección.

Lucas no alternaba mucho por los bares de la comarca, y muy pocas veces en el de Robleda. Tenía que hacer de padre y madre y eso le dejaba poco tiempo, además en el pueblo ya le habían colgado el sambenito de persona huraña y poco habladora y había decidido seguir dándoles razones para ello. ¿Qué pensarían de un hombre como él que vivía con una adolescente? A nadie le había dicho que era su hija y probablemente no le hubieran creído y hasta se hubieran burlado de él, puesto que Clara había heredado todos los genes de su madre y en ella no se advertía ningún parecido con el padre, que era más bien físicamente desagradable. Pero todo el mundo le respetaba y tenían buenas razones para ello: era forastero, tenía armas —y no unas armas cualesquiera— y sobre todo tenía una puntería endiablada. Nunca se juntaba con el gremio de los cazadores que en aquella comarca era bastante numeroso, pero hasta ellos había llegado la noticia de su pericia fuera de lo común.

Ese día era domingo por la noche. Había organizado el trabajo con las ovejas para que le quedara libre la tarde de los domingos. Era parte de su obligación como padre, pues llevaba a Clara a un bar con profusión de luces multicolores donde pululaban sus compañeros de instituto. A él en cambio le gustaba una taberna en particular, una de aspecto modesto y pobre iluminación. Allí se encontraba, a veces, con Codeso. Otro personaje que evitaba la compañía del resto de los parroquianos, o quizás fuera que estos evitaran la suya. También a él le respetaban y le temían, pues era del dominio común que tenía tratos con los contrabandistas portugueses y cada dos por tres era interrogado por la guardia civil. Lucas tenía una rara habilidad para captar los diferentes acentos, pues no en vano había vivido en un barrio de Madrid donde las estadísticas decían que vivían gentes de ciento veinte nacionalidades diferentes. En Codeso, que todo el mundo le llamaba así, Lucas había captado una ligera dicción portuguesa, que él se empeñaba en disfrazar de gallego. Pero si para todo el mundo podía pasar por uno de ellos, no para la fina percepción de Lucas. Por eso Lucas empezó a llamarle «Portugués», y la primera vez que lo hizo este le

respondió con un ligero mohín de desagrado, pero mucho se cuidó de decirle nada. Además solo se dirigía a cuando estaban solos y en un tono sumamente discreto.

—Tengo un par de mastines que el otro día se comportaron de forma extraña.

—¿Cómo de forma extraña?

—Normalmente un par de mastines de ese tamaño, los dos juntos, no tendrían que temer a nada, pero se quedaron quietos como si tuvieran clavadas las patas al suelo.

—No sé, «veciño», entiendo poco de perros, entiendo más de personas. Quizás ese de la barra te pueda ayudar, es cazador, y de los buenos. Además es de Robleda.

—Yo tengo poco trato con ellos, apenas pisé alguna vez por la taberna.

—Tú eres como los gitanos, con los «veciños» cuánto menos tratos mejor.

El Portugués rio ruidosamente deformando su cara y dejando a la vista sus dientes irregulares y amarillentos por el tabaco. Cuando lo hacía de esa manera, sus ojos se convertían en dos rendijas apenas visibles.

—Pero pregúntale, seguro que es una persona amable con los forasteros.

Dicho de ese modo, Lucas más bien advertía en las palabras del Portugués que más bien aquel cazador los tuviera ojeriza. Aun así decidió que un día aprovecharía la primera ocasión para abordarles en el bar de Robleda.

En días de diario la parroquia era más bien pobre. Los que se dedicaban a la ganadería apuraban hasta la última luz del día y pocas ganas les quedaban para alternar, había otros de oficios varios que formaban corro entre ellos y cuando alguien intentaba acercarse a ellos, les recibían con gesto de hosquedad. Luego estaban los cazadores, que como dijo el Portugués eran un gremio aparte, pero ese día el que señaló el domingo pasado se encontraba

solo en la barra, quizás fuera su oportunidad. Qué diferente era el ambiente de barrio en una gran ciudad como Madrid, para los que se dedicaban al menudeo cualquier cliente era bueno siempre y cuando tuviera dinero para pagarlo. Así que no había que hacerle ascos a nadie; eso sí, debía tener los ojos y los oídos bien abiertos, pues cualquiera de ellos podía ser un confidente emboscado de la policía, o un policía mismo. No se arrepentía de haber dejado aquellos ambientes, en los últimos tiempos el clima de delación había llegado al grado máximo y todos desconfiaban de todos. Pero era verdad que la causa desencadenante que le hizo abandonar Madrid de forma precipitada no fue la última delación o el amargo recuerdo de los amigos que se fueron yendo. Lucas sabía que su oficio tenía un final marcado en el calendario y que esa fecha no estaba muy lejana, por eso fue organizando la transición con anticipación. De abandonar Madrid, ¿a dónde iría?, tenía un dinero ahorrado, una cifra suculenta para algunos que se dedicaban a patrullar la noche para colocar su mercancía con la policía acechando en cada esquina, pero que tampoco le permitía grandes dispendios. Sanabria permanecía instalado en su mente como territorio mítico, pero más bien como un lugar de retirada para edades más avanzadas. Pero si tenía que dar un giro radical a su vida, debía tener como destino algo así. No valdría otra ciudad, más o menos grande, al final hubiera terminado enganchado otra vez a los ambientes nocivos, hubiera vuelto a respirar el mismo aire viciado. Y eso no lo quería, ni para él ni para Clara. Desde que nació se acostumbró a pensar con mirada larga y debía de hacerlo por dos pues Noelia no tenía la mente organizada para esas cosas. Ella no se lo dijo con esas palabras, solo lo intuyó en su mirada y luego se lo demostró con hechos. La alegría por los reencuentros era directamente proporcional a la amargura por la huida, pues eso y no otra cosa era lo que practicaba Noelia. Y eso cada vez le hacía más daño. Ella se lo confesó un día en la cama, «No puedo quedarme quieta, no sé quedarme quieta. El mismo aire, la misma luz, la misma gente me ahoga me quita la respiración y necesito desaparecer. Cambiar de

sitio por no saber qué hacer con la siguiente mañana y con la tarde que vendrá después». Ella lo decía con una voz queda pero con tal grado de urgencia, de angustia y desesperación, que le resultaba imposible creer que estuviera llevando a cabo una pantomima. No podía odiarla por ello, casi más la compadecía y se compadecía a sí mismo porque el destino había querido ponerla en su camino aquella noche aciaga. Al principio le turbaba el hecho de que pudiera estar con otro hombre, su exuberante belleza la convertía en un imán irresistible para cualquiera, pero quizás todos ellos fueran gente como él, que emprenden un día el camino que saben que lleva a la perdición y aun así son incapaces de separarse de él. Porque qué hubiera sucedido si su familia no hubiera abandonado nunca Sanabria. ¿Sería quizás como los del círculo de oficios varios, o más bien pertenecería al gremio de los cazadores? Seguro que a este último, su puntería con las armas de fuego no fue algo aprendido; desde que empezó a practicar con armas de fuego, ya fueran cortas o largas, su destreza causaba asombro. Este era el don con el que Lucas había nacido, un don que le trajo más problemas que otra cosa y que le pudo hacer ganar mucho dinero, pero él siempre se negó a ser contratado como sicario, como asesino a sueldo. Por esa cualidad suya era tan respetado, pero esa cualidad suya de poco le iba a valer después de que llegara el día en el que pisó a quien no debía o dijo no a quien nunca toleraba una negativa. Por eso gentes que le conocían de tiempo atrás, que le tenían incluso cierto aprecio, le aconsejaron que lo que había estado haciendo hasta entonces, tenía sus días contados. Que tenía que poner tierra de por medio, desaparecer. Quizás también lo hicieron por puro egoísmo o por la inquietud que les provocaba que les relacionaran con él, aunque fuera en pasado. Así que Lucas nunca supo la razón principal, nadie se la dijo de forma clara. Era curioso que su familia también tuvo que abandonar Sanabria hace tiempo por un motivo que el desconocía, hubo gente de su familia que sin duda sí que lo supieron, pero ahora la tierra reposaba sobre ellos. Quizás quedara gente, ahora que había vuelto, que si supiera algo, y tendría

que encontrarla. Ese continuo vivir con la bruma a sus espaldas le causaba desazón y tenía que acabarse.

—Buenas noches.

Lucas saludó con la mayor jovialidad de la que fue capaz pero aun así su tono de voz sonó taciturno.

El cazador levantó levemente la vista de la barra y le devolvió el saludo entre carraspeos. Llevaba un grueso chaquetón a cuadros abrochado hasta el cuello y la larga barba le sobresalía como pidiendo socorro. Un gorro de lana muy calado le tapaba las orejas y que le quedaba un poco por encima de las cejas, hacía que su rostro careciera de expresividad. Lucas no sabía cómo romper ese hielo invisible que había entre dos personas perfectamente desconocidas.

—¿Puedo invitarle a algo amigo?

El cazador arrugó el entrecejo por debajo del gorro y miró al forastero con curiosidad.

—Un trago nunca se puede rechazar, quién sabe si llegará el día que no tengas a nadie que te invite.

—Mi nombre es Lucas y he llegado...

—No hace falta que se presente, este pueblo es pequeño y somos pocos, si llega alguien nuevo lo notamos enseguida.

El cazador hacía continuas muecas con la boca que le encogían la nariz que era gorda y chata.

—Yo no conocí a su familia pero he escuchado hablar de ella. ¿Cómo están ellos?

—Yo soy el único que quedo.

El rostro del cazador palideció de repente y bajo la vista al suelo.

—Bueno, hombre.

En su peculiar lenguaje era la forma de decir que había metido la pata. Ahora intentaría arreglarlo.

—Ah, ¿sabe que mi chico va a la misma clase que, ¿entiendo que también será su hija?

—Sí, lo es.

—No hace otra cosa en casa que hablar de ella, y eso me da que pensar, pues hablar lo que se dice hablar, siempre ha sido de hablar poco.

El cazador emitió una leve risita y parecía agradecer a Clara el hecho de haber sacado a su vástago de su parquedad coloquial. Lucas por su parte calculaba el impacto que había supuesto la presencia de alguien como Clara en una escuela de pueblo, ya tendría tiempo de calibrarlo.

—Es raro que alguien venga de la capital y se dedique a algo tan antiguo como cuidar de las ovejas.

Eso le recordó a Lucas otra de las razones por lo que había ido a la taberna del pueblo. Había dejado en la entrada una mochila y de ella extrajo un queso de leche de oveja. Lo dejó en la barra y le dijo al tabernero que si pudiera ser ofreciera el queso como aperitivo. Lo decidió de forma repentina en su casa, quizás fuera para empezar a socializar con aquella gente o también, más egoístamente, para encontrar una nueva oportunidad de venta para su producto. Hasta ahora la venta por internet funcionaba pero de forma bastante irregular. El cazador encontró exquisito el queso e incluso el adusto clan de los oficios varios hizo gestos de asentimiento. Agradar al estómago era un medio infalible que abría muchas puertas.

—Bueno, muy bueno, bueno de verdad.

El cazador hacía grandes esfuerzos para que, dentro de su limitada expresividad, sus loas parecieran sinceras. Incluso el tabernero se había acercado hacia ellos con su rostro mofletudo y colorado que movía con aparatosidad masticando el queso.

—Su familia de usted tenía buena mano para los quesos. Veo que ha heredado esa gracia.

—Pon más vino Evaristo, ¡me cago en sos!

—Usted es cazador, ¿verdad?

—Se lo diría Codeso. Les vi el otro día en Puebla. No es persona que me guste mucho.

—Eso he oído, pero a mí todavía no me ha hecho nada malo.

—Usted es muy libre de juntarse con quien quiera, ¿eh?, que ya todos somos mayorcitos.

—Pues él, en cambio habla bien de usted.

—Como mucho le habrá dicho que soy bueno para la caza, antes se juntaba con nosotros alguna vez, pero vimos que tenía mal pelaje.

—Tengo dos mastines.

A Lucas el vino y el queso le habían puesto de buen humor y hablaba relajado, además el cazador aparte de caerle bien podía servirle para sus propósitos.

—Dos perros enormes.

Hizo un gesto con la mano para hacer ver hasta donde llegaba la altura de los animales.

—No hay nada que se les ponga por el medio. Pero el otro día se comportaron de forma extraña. Algo rondaba por el establo, las ovejas se espantaron pero los perros se quedaron quietos. Disparé, y fuera lo que fuera, le alcancé pues pude ver los rastros de sangre. Los perros no intentaron ni seguir el rastro.

Algo cambió en la opaca expresión del cazador. Lucas acostumbrado a tratar con gente de todo tipo y acostumbrado a detectar el menor atisbo de doblez, de falsedad y de engaño lo detectó al instante. Quizás fuera la arruga del entrecejo que se movía con vida propia debajo del gorro de lana, o tal vez los ojos que parpadearon de forma involuntaria, pero algo se movió en la apacible cara del cazador, o mejor en todo lo que veía de ella.

—Vaya usted a saber, los animales son como la personas —dijo aparentando no darle importancia.

Pero mentía, lo animales, los perros en este caso, no eran como las personas aunque de tanto convivir con ellas acaban pareciéndose un poco. Pero algo aleteaba en su mente que se calló, y ya no lo diría, al menos por el momento.

Alegando como excusa que había llegado la hora de cenar, quería dar por terminada la conversación. Solo cuando estaba a punto de llegar a la puerta se volvió.

—Ha llegado a mis oídos que tiene buena puntería.

—Eso dicen los que me conocen.

—Eso siempre en bueno, eso le puede venir bien en ciertos momentos.

—Pues me gustaría probarla con la suya.

El cazador dudó unos instantes antes de responder.

—Todo se andará.

Lucas caminaba hacia su casa bastante intrigado, las últimas palabras del cazador parecían bastante crípticas. La bruma persistía, y no sería fácil abrirse paso entre ella. Ahora caminaba por las últimas calles del pueblo y pronto se internaría en la espesura, allí donde olía a bosque y humedad, donde era un intruso entre las alimañas. Era cierto eso de que lo de tener puntería le vendría bien en ciertos momentos. Pero para eso necesitaría un arma diferente, hablaría otra vez con el portugués.